

todos sabíamos que sus distribuidores habían montado una red por la cual se podía llegar a España.

En la primavera de 1937 vino a vernos Leopold Chech, que había ocupado la alcaldía en el pueblo vecino de Pottendorf y que asimismo había sido destituido por los fascistas. Nos trajo una carta. La carta era de Franz Haiderer, de Pottendorf, que contaba que estaba luchando con un batallón de artillería del ejército republicano. En ese momento se selló mi destino.

El 18 de junio de 1937 recibí mi primera dirección de contacto en París, era el café Grison, en la rue d'Alsace, y 150 chelines para el billete de tren Viena-París. La tarde del 20 de junio ya estaba sentado frente a mi enlace en el cuarto trasero de dicho café.

El comienzo de la conversación no fue muy prometedor que digamos. Al ver mi pasaporte me dijo en el más cerrado de los dialectos vieneses: "Eres imbécil o qué, no mandamos niños a España". Entonces le mentí, le dije que ni era mi pasaporte, sino el de mi primo, ni me llamaba Landauer, sino Operschall. Además no tenía 16 años, sino que había cumplido ya los 18. El no estaba convencido, seguía en sus trece. Sólo la insinuación de que el rechazo de mi persona y una posible repatriación y consiguiente interrogatorio policial podían poner en peligro a la organización ilegal en Austria, le hizo cambiar de opinión. Así la continuación de mi viaje estaba asegurada. Después de unos días en París, me dediqué a visitar la exposición mundial, tomé un tren nocturno que me llevó a Perpiñan. La marcha a través de los Pirineos no fue ningún problema. Al amanecer llegamos a una cabaña a la altura de Massanet de Cabrenys, donde nos esperaban unos camiones que nos llevarían a la fortaleza de Figueras. Hay dos imágenes de esta fortaleza que me acompañan toda mi vida. Un enorme cartel que mostraba los cadáveres de niños alineados sobre el empedrado. Podía ser en Madrid, Valencia, Barcelona. Quien sabe. Sobre ellos las sombras de aviones de bombardeo con cruces gamadas pintadas en las alas. Detrás de ellos una vaga silueta de Hitler, y debajo una frase que anticipaba la tragedia de Europa y del mundo: "¡Hoy España, mañana el mundo!". Más en Londres y París continuaban sin querer ver ni oír. El segundo cartel representaba las casamatas delante de las cuales había lápidas que mostraban que ya durante la Guerra de Independencia había habido voluntarios que dieron su vida por España.

Al partir de Figueras topamos por primera vez con el nombre de Albacete. Esa era nuestra meta. En un lugar de La Mancha, la Patria de Don Quijote. Durante el viaje nos impresionó sobre todo la huerta valenciana y el entusiasmo con el que nos recibían por donde pasábamos y donde parábamos. Si en París había pasado de ser Hans Landauer y tener 16 años a ser Hans Operschall y tener 18, ahora, en el cuartel nacional de Albacete me convertí de paisano en soldado, mejor dicho, en recluta. Mi único traje acabó en un montón de ropa, mi pasaporte que había usado en el viaje a través de Francia, fué sustituido por el carnet militar por el cual me convertí oficialmente en soldado del Ejército Popular, de lo cual aún hoy me siento orgulloso. De nuevo apareció un nombre desconocido para mí: Madrigueras. Un pueblo al norte de